

# El evangelio lo cambia todo

## Hechos de los Apóstoles 6-7

*Pastor Tim Melton*

Se cuenta que un granjero encontró un huevo de águila. No sabía dónde buscar el nido, y se lo llevó al gallinero y lo colocó entre los huevos de gallina. Después de un tiempo, nació el aguilucho y se crió junto con los polluelos. Aprendió a picotear los granos de maíz, a revolotear y a comportarse como un polluelo más. Pensaba que caminar sobre la tierra era su destino.

Pero un día, cuando el aguilucho y los polluelos estaban jugando juntos, se fijaron en una majestuosa águila que volaba muy alto sobre sus cabezas. En ese momento, por primera vez, el aguilucho entendió cuál era su destino real.

En cierto modo, este cuento se asemeja a la vida de algunos creyentes. Se encuentran rodeados de personas que están dominadas por la ira, la lujuria, el orgullo y otros pecados. Ellos mismos estaban antes esclavizados por el pecado, y ahora les parece que están presos, sin salida, de su pasado pecaminoso. Pero la Biblia no dice eso:

*“Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2 Corintios 5:17)*

El evangelio lo cambia todo para el que desee entenderlo, que se someta a él y que ande según sus preceptos.

\* \* \*

En los capítulos 6 y 7 de Hechos vemos a un hombre llamado Esteban. Fue uno de los primeros diáconos nombrados por la iglesia. Ayudaba a cuidar de las viudas pobres de la comunidad de creyentes. Dice en Hechos que era un hombre de gran fe, lleno del Espíritu Santo. Obró muchos milagros entre los fieles.

Más adelante, en el capítulo 6, descubrimos esta situación:

*<sup>7</sup> Y la palabra de Dios se difundía: el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. <sup>8</sup> Esteban, hombre lleno de la gracia y del poder de Dios, hacía grandes prodigios y señales milagrosas entre el pueblo. <sup>9</sup> Con él se pusieron a discutir ciertos individuos de la sinagoga llamada de los*

*Libertos, donde había judíos de Cirene y de Alejandría, de Cilicia y de la provincia de Asia.<sup>10</sup> Como no podían hacer frente a la sabiduría ni al Espíritu con que hablaba Esteban,<sup>11</sup> instigaron a unos hombres a decir: «Hemos oído a Esteban blasfemar contra Moisés y contra Dios».*

Muchos judíos estaban en contra de Esteban, por lo que les predicó según le guiaba el Espíritu Santo. Las Escrituras recogen el resultado en el capítulo 7:

*<sup>54</sup> Al oír esto, rechinando los dientes, montaron en cólera contra él. <sup>55</sup> Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios. <sup>56</sup> —¡Veo el cielo abierto —exclamó—, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios! <sup>57</sup> Entonces ellos, gritando, se taparon los oídos y todos a una se abalanzaron sobre él, <sup>58</sup> lo sacaron a empellones fuera de la ciudad y comenzaron a apedrearlo. Los acusadores confiaron sus mantos a un joven llamado Saulo. <sup>59</sup> Mientras lo apedreaban, Esteban oraba. —Señor Jesús —decía—, recibe mi espíritu. <sup>60</sup> Luego cayó de rodillas y gritó: —¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado! Cuando hubo dicho esto, murió.*

¿Suena familiar la última frase que pronunció Esteban? *“¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!”* Nos recuerda las palabras de Jesús en la cruz, según Lucas 23:34: *“Padre —dijo Jesús—, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* Esteban efectivamente se hace eco de las palabras de Jesús. Vivía la esencia del evangelio. Le llovían piedras lanzadas de todas partes. Daban en el blanco con acierto letal y su cuerpo se debilitaba por momentos. Se le volvía borrosa la vista y sangraba a chorros. Y en esa situación, se compadeció de sus atacantes – sus enemigos – y les perdonó. Es un retrato precioso de lo que es vivir el evangelio en persona.

Según Romanos 5:10, nosotros también hemos sido "enemigos de Dios". *“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Romanos 5:8). Esteban ejemplificó el evangelio de Cristo Jesús delante los que se alzaban como enemigos suyos.

Para Esteban, la salvación no fue un acto único y aislado, sino un encuentro con Cristo que le cambió la vida para siempre.

La vida cristiana está íntegramente centrada e impulsada por el evangelio de Cristo Jesús. Todo el Antiguo Testamento consiste en preparar su llegada, y el Nuevo Testamento deriva de ello. El evangelio es el epicentro de todas las Escrituras y es el punto de partida de la vida cristiana, de principio a fin.

El evangelio es la verdad de un Dios santo, soberano, justo, lleno de amor y todopoderoso, cuya creación le ha rechazado y lleva una vida de pecado y rebelión, enfrentada al perfecto Rey del universo. Hubiera sido justo que nos condenara y destruyera a todos. La justicia exige que se castigue la ofensa. La deuda se debe pagar. Por eso Yahvé, el Dios Creador de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de Moisés, de Josué, de David y de Salomón; el Dios de Isaías, Elías, Daniel y Ester, entregó a su Hijo para que fuera el sacrificio que expiara los pecados del mundo. Este Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, vivió una vida sin pecado. Entregó su vida de forma voluntaria y fue crucificado en una cruz romana. Nuestro pecado contra el Dios infinito requería un sacrificio infinito.

Jesús asumió los pecados del mundo entero y se sometió a la ira de Dios que merecíamos nosotros. Tres días más tarde resucitó victorioso sobre el pecado y la muerte, para no morir nunca más.

*“Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*  
(Filipenses 2:9-11)

Esta es la Buena Nueva, el evangelio de Cristo Jesús, asequible para todo el que se arrepiente de sus pecados y cree en Él. Celebramos la salvación que tenemos en Cristo, pero muchos de nosotros no nos damos cuenta de que el poder del evangelio no se limita a ser nuestra única esperanza para ser salvos, sino que además es nuestra única esperanza de poder vivir una vida santa. Las mismas verdades del evangelio que nos conducen a la salvación son las mismas que nos acompañan cada día de nuestra vida cristiana.

En el relato de Esteban vemos que las fuerzas del mal se le oponen hasta provocarle la muerte. Por la gracia de Dios, incluso bajo amenaza de muerte Esteban siguió viviendo el evangelio. Incluso ante la más difícil de las situaciones demostró el perdón y la gracia.

Este es el testimonio que debiera ofrecer cualquier cristiano. El evangelio es nuestro punto de referencia, nuestra estrella polar, la vara de medir de todo lo que nos acontece. El evangelio es nuestra lámpara que ilumina la verdad que nos rodea. Es la lente a través de la cual vemos la realidad de la vida.

Cuando la vida te oprime, ¿qué sale de ti? Cuando nos ofenden o maltratan, o tenemos que soportar dificultades, ¿cómo reaccionamos? ¿Con gracia, perdón, paz y alegría? ¿O con rabia, preocupación, conflictos e incredulidad? Cuando nos exprimen, ¿personificamos de alguna manera el evangelio?

En el caso de Esteban el evangelio había borrado cualquier miedo a la gente o a la muerte, y lo había reemplazado por la fe en Cristo, la realidad de la vida eterna, el temor de Dios y la compasión por sus enemigos. Su vida estaba anclada en el evangelio.

En el momento de nuestra salvación el evangelio introduce determinadas verdades en nuestra vida. Dichas verdades no se refieren exclusivamente a la salvación. Sirven para capacitar a cada creyente para llevar una vida de santidad y asemejarse a Cristo.

Del mismo modo que la **fe** te condujo a la salvación, también te permitirá confiar en la provisión, las promesas y la fidelidad de Dios a lo largo de tu vida cristiana.

Del mismo modo que Dios nos atrajo a sí mismo en la salvación, también nos atrae a sí mismo al otorgarnos la convicción del pecado, el deseo de conocer la Palabra de Dios, la compasión por otros hermanos creyentes, y el deseo de amar a Dios y al prójimo.

Del mismo modo que la salvación depende exclusivamente de la obra de Cristo, también nuestra santificación depende de la obra de Cristo en nuestra vida. En nuestra debilidad está su fuerza. La dependencia de la gracia de Dios, y no de nuestros propios esfuerzos, seguirá siendo el motor de nuestra vida como cristianos.

Del mismo modo que la confesión y el perdón te condujeron a la salvación, también salvaguardan la renovación de tu vida y la íntima relación con Cristo que caracterizan cada día de tu vida.

Del mismo modo que el amor incondicional puso los cimientos de tu salvación, también te mantiene firme a través de los ires y venires de tu vida cristiana (Romanos 8:31-39).

Del mismo modo que tu renuncia al egocentrismo te abrió la puerta a la salvación, también te empodera para someterte a Cristo y seguir amando a tu prójimo.

Del mismo modo que **tu nueva identidad en Cristo te ha integrado en la familia de Cristo**, también te confiere seguridad y rectitud en tu vida cristiana. Te libera de la necesidad de temer al hombre y te permite andar en santidad de acuerdo con tu nueva naturaleza.

El mismo Dios soberano del evangelio que coordinó los siglos, los acontecimientos, las profecías y los detalles que precedieron al advenimiento de Cristo, el mismo Dios soberano que coordinó los acontecimientos que te llevaron a la fe en Cristo Jesús (Juan 6:44), es el mismo Dios soberano que ciertamente nos ayudará en cada desafío y decisión de nuestra vida diaria.

Del mismo modo que nuestra salvación depende de la obra consumada de Cristo, también nuestra santidad y santificación en la vida diaria dependen de ella (Efesios 2:8-9). En el momento de nuestra salvación se canceló nuestra naturaleza pecadora. Nuestro espíritu de rebeldía fue reemplazado. Nuestras necesidades fueron ahora satisfechas. Recibimos un corazón nuevo, obediente. Nuestros pecados fueron perdonados. Ahora Dios nos considera santos y justos. La cruz no solamente nos ha salvado del pecado, sino que también nos ha equipado y empoderado para ser santos. La muerte y resurrección de Cristo no solo nos ha liberado de la consecuencia del pecado, sino también de su poder sobre nosotros. Hemos sido perdonados y justificados en Cristo, pero hay más. Dios avala que todos los que hemos confiado en Cristo seremos transformados en imagen de Cristo. Nuestra santificación es la prueba de nuestra salvación.

Nuestra incapacidad para salvarnos por nuestros propios medios continúa mientras afrontamos las tentaciones y dificultades de la vida. Que nuestra debilidad nos empuje a arrodillarnos ante Dios, que sigue proveyéndonos de las fuerzas necesarias para la vida misma. **«Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad»** (2 Corintios 12:9). Cuando nos deleitamos en Él, Dios dirige y alimenta los deseos de nuestro corazón (Salmos 37:4). El Espíritu Santo nos convence de nuestros pecados (Juan 16:8), y eso nos impulsa a confesarlos y a acercarnos más a Cristo.

La conciencia diaria del evangelio nos permite caminar con rectitud. La gracia siempre nos empuja hacia el arrepentimiento. El amor incondicional de Dios continúa impulsándonos a las buenas obras. Somos salvos, pero no debemos considerar que la salvación se limita a un acontecimiento aislado. El evangelio es mucho más amplio que un momento determinado de la vida. Es duradero y regenerador, y promueve una relación estrecha y continua con Dios. El evangelio lo cambia todo.

\* \* \*

Ahora podemos ofrecer gracia porque hemos recibido gracia. Podemos ser misericordiosos porque hemos recibido misericordia. Ya no juzgamos a los demás, porque somos conscientes de nuestra propia culpabilidad. Poseemos la capacidad de amar a los demás porque Cristo nos amó primero. Y conscientes de que Cristo reconoció nuestra debilidad y asumió nuestras cargas para que

pudiéramos participar de su mérito, ahora comprendemos que la gracia que nos ha concedido nos llama a reconocer la debilidad de otros y a compartir sus cargas en lugar de aumentarlas. Nos sacrificamos por los demás porque Cristo se sacrificó por nosotros.

Este es un amor horizontal hacia los demás que pende del amor vertical hacia Dios. Es un amor que surge del conocimiento del evangelio. Cristo satisface nuestras necesidades, y así tenemos libertad para amar a los demás.

\* \* \*

La epístola a los Gálatas cuenta como los judíos y los gentiles de la iglesia de Galacia estaban enfrentados. El remedio, según Pablo, era el evangelio.

La conducta de estos creyentes no se ajustaba al contenido del evangelio. Los judíos se comportaban como si fueran superiores a los creyentes gentiles. Consideraban que tenían más derecho a las bendiciones de Dios. No ponían en práctica las verdades del evangelio. La mala noticia del evangelio nos revela nuestro pecado y humilla a los orgullosos. La buena noticia del evangelio anuncia la gracia de Dios y honra al humilde. Por eso, en Cristo somos todos iguales, tanto en nuestra culpa como en su gracia. Independientemente de la raza, el nivel académico, la situación económica o el sexo, todos somos pecadores necesitados de la gracia de Dios. El evangelio rebaja al orgulloso y da esperanza al humilde. El evangelio es nuestra base de comunidad. Ahora somos familia, unidos en Cristo. Este hecho nos transforma y nos permite relacionarnos. Solo el evangelio tiene poder para crear este tipo de comunidad, sobre todo en una iglesia como la nuestra.

\* \* \*

El evangelio es la clave. En él somos transformados y capacitados para amar a los demás como Cristo nos ama. Como ha expuesto Paul David Tripp:

*"Cuando olvidas el evangelio empiezas a buscar [en las relaciones] lo que ya has recibido en Cristo. Empiezas a buscar [en las relaciones] tu identidad, tu seguridad, tu esperanza, tu significado y tu propósito. Todo esto son cosas que solo puedes encontrar en el eje vertical. Son cosas que ya tienes en Cristo, por lo que tienes que luchar para dar lugar al evangelio en tu corazón. Además, cuando vives la gracia del evangelio ya no temes al fracaso, no escondes tu identidad y dejas de ocultar tus problemas y tus pecados."<sup>1</sup>*

Si repasamos el evangelio al empezar el día nos acordaremos de nuestros pecados, nuestra culpa y nuestro quebrantamiento. Dejaremos de lado nuestro orgullo y ya no nos valoraremos en exceso. Como nos advirtió Jesús en Mateo 7, debemos primeramente extraer la viga de nuestro ojo antes de señalar la astilla que hay en el ojo ajeno. Así recordamos de nuevo la "mala noticia", la cual nos conduce a la "buena noticia" del evangelio. Estamos perdonados. Somos amados. Hemos sido adoptados. Tenemos seguridad. Cristo está en nosotros y nosotros estamos en Cristo. Ya no tenemos que ganarnos el cariño ni actuar para merecer la aprobación de los demás. Podemos caminar con paso firme incluso en las circunstancias más difíciles, porque nuestra fuerza, nuestro gozo, nuestra esperanza y nuestra paz emanan de nuestro interior. Estamos en Cristo. Nuestro

---

<sup>1</sup> Paul Tripp, "Pastoral Ministry is War," consultado el 18 de agosto de 2013,

Padre nos aprecia, nos cuida, nos aprovisiona y nos ama. Estamos seguros. Ya no tenemos que devorarnos los unos a los otros, ni aplastar a los demás para enaltecernos, ni presumir de lo que hemos conseguido para que todo el mundo lo reconozca. No tenemos que sentirnos derrotados cuando nos esforzamos en algo y no prospera. Los cimientos de nuestra vida están puestos en la roca, y aunque soplen los vientos y crezcan los ríos no nos derrumbaremos, porque estamos cimentados en la roca de Cristo.

Imagina que hay un hombre cristiano que honra a Dios en muchos aspectos de su vida, pero desde siempre tiene problemas para dominar su ira. Cada vez más se convence de este defecto. Desea cambiar, pero hay una batalla en su espíritu. Confiesa su pecado a Dios... por enésima vez. Repasa sus fracasos del pasado en este tema y piensa que no hay forma de cambiar. Entonces, recuerda el evangelio, que le asegura que en Cristo es una nueva creación: *"¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!"* (2 Corintios 5:17). Por lo tanto, su pasado ya no puede condenarle, definirle, esclavizarle ni determinar su futuro. Ya no está obligado a repetir los errores del pasado. En el evangelio reconoce su propia culpa. En Cristo encuentra la forma de evaluar su lucha y perdonarse como Cristo le ha perdonado. Pone su fe en Cristo para que lleve a término la buena obra que ha empezado en su vida. Confiesa su problema a otros hombres de su confianza que le ayudarán a ser responsable de sus acciones. Cuenta a su esposa e hijos lo que está pasando, y ellos le respaldan con la oración y le animan. Se acerca a Dios en su Palabra y comienza a fortalecerse espiritualmente. Cada día renuncia de nuevo a su ira y, poco a poco, Dios transforma sus deseos y los episodios de ira se van disipando. El hombre está cada vez más centrado en el evangelio.

Otro ejemplo es una estudiante de instituto. Es cristiana desde hace un par de años, pero como muchos adolescentes tiene problemas. No es la chica más atractiva, inteligente, atlética o popular. Desea obtener la aprobación de sus compañeros y es tentada a hacer trampas, decir palabrotas, vestir de manera inapropiada, y hacer cosas que no son apropiadas para un seguidor de Cristo. Está indecisa, sin saber qué hacer. Pero ¿cómo afecta el evangelio a esta situación? A través de la muerte de Cristo, Dios ya ha declarado el valor de esta joven. Fue comprada por un precio. Es hija del Rey. Es un precioso tesoro para el Dios del universo. Dios ha llamado a su vida y le ha preparado un lugar para la eternidad. Es amada incondicionalmente y nadie puede separarla del amor de Dios. Le pertenece. Es valiosa. Es amada.

Al repasar las verdades del evangelio, empieza a moverse hacia Dios. Comparte su problema con sus padres y con algunas otras mujeres adultas cristianas a las que respeta. Todos empiezan a orar por ella y a controlarla periódicamente. Ella empieza a evaluar a sus amistades y a nutrir las relaciones que la ayudan a honrar a Dios. Empieza a leer la Biblia regularmente. Empieza a encontrar una manera de servir a los demás. Periódicamente toma tiempo para reflexionar y hacer una lista de las cosas por las que está agradecida. Comienza a dedicar más tiempo a investigar lo que Dios quiere que haga con su vida en el futuro. Se involucra más en su iglesia. Pasa menos tiempo en las redes sociales, ya que tienden a generar descontento y codicia en nuestro corazón, buscando constantemente más "me gusta" y más amigos. A medida que Dios aumenta su fe en Cristo y su deseo por Él crece, su deseo de popularidad empieza a disminuir y la tentación pierde su poder. Esta joven está siendo transformada por el evangelio.

Imagina otra situación. Una mujer cristiana lleva muchos años con un profundo resentimiento contra sus padres. Fue maltratada de pequeña y nunca ha podido perdonarlos. Sabe que debería

hacerlo, pero le parece que si les perdona, ellos habrán ganado. Piensa que de alguna manera habrán salido airosos. Por eso, nunca les ha perdonado. Pero cuanto más se acerca al evangelio, más cuenta se da de la magnitud de sus propios pecados. Recuerda como en un tiempo ella se había rebelado contra Dios, y luego recuerda cómo Dios la perdonó. Ya no puede asumir el papel de "inocente" o de juez justo. Su propio pecado la descalifica. Ella también es culpable y Dios le ha perdonado mucho. Sabe que tiene que perdonar. Ahora conoce mejor el significado del evangelio, pero no sabe cómo interiorizarlo en su corazón. Solo Dios puede hacerlo. No obstante, Dios ya nos ha mostrado los pasos para preparar el terreno. Su anhelo de reconciliarse con sus padres junto con su deseo de ser libre de la atadura del resentimiento la impulsan a obedecer la Palabra de Dios. Empieza a leer la Biblia todos los días. Comparte sus sentimientos con un par de amigas cristianas de confianza. Comienza a pedir a Dios que bendiga a sus padres. Retoma el contacto con ellos, aunque de manera un poco superficial al principio. Continúa clamando a Dios, pidiéndole que le transforme el corazón... Y lo hace. Ella perdona y está liberada.

Otro ejemplo del impacto del evangelio en las relaciones se puede ver en la forma en que una joven cristiana enfoca el matrimonio. El evangelio ya ha determinado su valor, su integración en la comunidad cristiana y su condición inamovible de amada de Dios. Por eso está en un buen lugar, espiritualmente hablando. No tiene que estar desesperada. No tiene que calcular su valor en términos de su estado civil, la opinión de la gente, o el "éxito" de una cita. No tiene que vestir de una forma provocadora ni rebajar su compromiso con la santidad para llamar la atención de alguien. Confía en la soberanía del Señor y se aferra a la certeza de que al buscar primeramente a Dios, Él la bendecirá, esté soltera o casada. Se alegra en ser aceptada por el Señor, y la aceptación de otra persona puede ser importante pero siempre será secundaria. Si Dios la conduce a una relación matrimonial, bienvenida sea, pero si no, su gozo estará todavía y siempre en el Señor.

Sabe que por medio del evangelio tiene a Cristo, y Él lo es todo. Aceptará cualquiera que sea el resultado de una posible relación romántica porque su vida está cimentada en Cristo, y nada podrá separarla de su amor. Pero recuerda, tanto si encuentra a su media naranja como si no, nadie es perfecto y nunca dejará de necesitar el evangelio. Todos los que estáis casados sabéis a lo que me refiero.

La necesidad del evangelio se extiende a los matrimonios. A veces nuestro matrimonio puede parecer algo celestial, pero otras veces no. El matrimonio es muy hermoso, y también es desgarrador. Entregas tu corazón a alguien para el resto de tu vida. Esto significa que tu cónyuge tiene poder para amarte como nadie más, y al mismo tiempo tiene poder para herirte más que nadie. En tales momentos, hemos de retornar al evangelio. En él vemos que no somos inocentes, no tenemos ningún derecho a juzgar, nuestro cónyuge es imperfecto y pecador igual que nosotros mismos, y Cristo es nuestra única esperanza para sanar y satisfacer nuestras necesidades más hondas. La seguridad que tenemos con Él nos permite rebajarnos ante el otro y buscar la reconciliación. Él es nuestra confianza y nuestra seguridad. Es nuestra fuente de esperanza en el dolor en medio de nuestras ofensas. Una vez más, nos redirigirá al evangelio.

En cuanto a la vida laboral, en el evangelio encontramos un propósito para nuestra vida de cada día, ya que estamos llamados a una misión con Dios. Ya no trabajamos simplemente para pagar las facturas. Entramos a nuestro lugar de trabajo cada día sabiendo que somos portadores de una antorcha, llevando la luz de Cristo a un mundo oscuro y moribundo. Hallamos la esperanza en Dios,

que usa incluso las dificultades de la vida para hacer crecer en nosotros el carácter, la fe y una comprensión más plena de su gracia (Romanos 5:1-5). Mirando a nuestros compañeros de trabajo desde la perspectiva del evangelio, los vemos como personas a las que hay que amar, ciegas al evangelio, y que necesitan un salvador.

Es útil y alentador conocer los beneficios de ser un hijo de Dios, pero lo esencial es permanecer en Él. Andar en el Espíritu. Al igual que un niño huérfano se beneficia estando cerca de sus padres, también nosotros recogemos todos los beneficios del evangelio estando cerca de nuestro Padre celestial. En esa conexión relacional ganaremos todas las cosas que tiene para ofrecernos, incluso aunque no sepamos exactamente cuáles son.

Nuestro repaso diario del evangelio nos permite andar en la práctica en la rectitud que se nos ha concedido. La gracia nos empuja al arrepentimiento. El amor incondicional de Dios nos impulsa a las buenas obras. Somos salvos, pero no podemos olvidar que la salvación no es un hecho aislado en el tiempo. Es una relación continua y revitalizadora con Dios. Cuando nos conectamos diariamente a la Palabra de Dios, oramos y compartimos la vida con otros creyentes, encontraremos que cada día estamos más llenos de las verdades del evangelio y podemos compartirlas en la vida de los demás.

\* \* \*

Para finalizar quiero animaros a poner en práctica el evangelio. No sabemos de qué maneras Dios lo usará. Hemos empezado hablando de Esteban, el hombre que perdonó a los que le apedrearon hasta la muerte. Hay un último detalle del relato que nos interesa. En los versículos 57-58, cuando estaban a punto de apedrear a Esteban, aconteció lo siguiente:

***<sup>7</sup>Entonces ellos, gritando, se taparon los oídos y todos a una se abalanzaron sobre él, <sup>58</sup>lo sacaron a empellones fuera de la ciudad y comenzaron a apedrearlo. Los acusadores confiaron sus mantos a un joven llamado Saulo. (Hechos 7)***

El joven Saulo se convertiría más adelante en el apóstol Pablo, autor de la mayor parte del Nuevo Testamento. Documentaría el misterio del evangelio para que todos podamos apreciar lo que ha hecho Dios por nosotros.

No conocemos todos los pasos que usó Dios para atraer a Saulo, pero el hecho descrito arriba es tan impactante que la Biblia lo documenta para nosotros. El efecto dominó producido por la muerte de Esteban cambió ese día la eternidad a una escala mayor de lo que pudiéramos imaginar. Que Dios haga a través de nosotros algo parecido mientras practicamos el evangelio de Jesucristo.